**MATRIMONIO Y EUCARISTÍA,**

**UN MISMO CAMINO PARA ENCONTRASE CON DIOS**

**ÍNDICE**

1. **Eucaristía y matrimonio: Perfecta acción de gracias**

«Es de bien nacidos ser agradecidos»

1. **Eucaristía y matrimonio: La liturgia del perdón**

«*Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*» (*Mt* 5,7)

1. **Eucaristía y matrimonio: Una misma pedagogía de la Palabra**

«Hablar es una necesidad, escuchar es un arte»

1. **Eucaristía y matrimonio: una ofrenda agradable al Padre**

«Que Él nos transforme en una ofrenda permanente» (P.E. III)

1. **Eucaristía y matrimonio: Comunión que envía a la misión**

«*Jesús los envió de dos en dos*» (*Mc* 6,7).

**Objetivo general:** Que los matrimonios descubran en la Eucaristía su origen, su fuerza y su misión, para que conociendo la cercanía de Jesús Eucaristía con los matrimonios y las familias, puedan los padres de familia transmitir a sus hijos el misterio de la Eucaristía.

**Introducción**

«*Lo que hemos visto y oído, eso les anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros*» (1*Jn* 1,3) En este año en que nuestra diócesis de San Juan de los Lagos tiene como curso de acción «el testimonio y el comportamiento moral cristiano, presentamos este material para los ejercicios cuaresmales enfocados a los matrimonios, que lleva por título: *Matrimonio y Eucaristía, un mismo camino para encontrase con Dios*.

Iremos dando pasos, conociendo distintas características comunes entre la Eucaristía y el matrimonio para que los matrimonios, conociendo las semejanzas entre ambos sacramentos, puedan ser testigos del único y verdadero Dios.

Eucaristía y matrimonio son dos sacramentos de la Iglesia con mucho parecido, es más, con un camino y un dinamismo común. Sabemos que un sacramento es el signo visible de una presencia invisible. Sin embargo, la Eucaristía, sacramento por antonomasia, ilumina al matrimonio y le hace presente a Cristo en modo visible en nuestro mundo como prenda de su presencia real; por otro lado, el matrimonio, mediante la caridad conyugal, manifiesta el amor de Cristo Eucaristía que se ofrece por amor a los demás, interpretando así el ser y el obrar de Dios, que es amor. Así lo ha expresado el Papa Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*: «En toda esta multiplicidad de significados [del amor] destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer» (DCE 2).

Es un círculo luminoso: la Eucaristía nos ayuda a entender el matrimonio y el matrimonio nos ayudará a conocer el misterio de la Eucaristía. En Cristo Eucaristía los esposos encuentran su inspiración y su misión de su amor conyugal; y en los matrimonios se entiende la entrega amorosa de Cristo por su Iglesia. El círculo luminoso, pues, es el amor. La Eucaristía es el sacramento de amor, y lo es también el matrimonio. De hecho, en muchas ocasione, en la boda, se lee en la monición de entrada: «nos hemos reunido aquí para celebrar dos sacramentos de amor: la Eucaristía y el matrimonio de N y N…»

Antes de adentrarnos en cada uno de los *encuentros* veamos lo que han afirmado los obispos latinoamericanos cuando se reunieron en Puebla, en 1979:

«En la Eucaristía la familia encuentra su plenitud de comunión y participación. Se prepara por el deseo y la búsqueda del Reino, purificando el alma de todo lo que aparta de Dios. En actitud oferente, ejerce el sacerdocio común y participa de la Eucaristía para prolongarla en la vida por el diálogo en que comparte la palabra, las inquietudes, los planes, profundizando así la comunión familiar. Vivir la Eucaristía es reconocer y compartir los dones que por Cristo recibimos del Espíritu Santo. Es aceptar la acogida que nos brindan los demás y dejarlos entrar en nosotros mismos. Vuelve a surgir el espíritu de la Alianza: es dejar que Dios entre en nuestra vida y se sirva de ella según su voluntad. Aparece, entonces, en el centro de la vida familiar la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado.

De allí surgirá la misión de la familia. Esta Iglesia doméstica, convertida por la fuerza liberadora del Evangelio en “escuela del más rico humanismo” (GS52), sabiéndose peregrina con Cristo y comprometida con Él al servicio de la Iglesia particular, se lanza hacia el futuro, dispuesta a superar las falacias del racionalismo y de la sabiduría mundana que desorienta al hombre moderno. Viendo y actuando sobre la realidad, como Dios la ve y la gobierna, busca mayor fidelidad al Señor, para no adorar ídolos, sino al Dios vivo del amor» (DP 588-589).

**Primer encuentro**

**Eucaristía y matrimonio: Perfecta acción de gracias**

«Es de bien nacidos ser agradecidos»

**Objetivo:** Mostrar algunos aspectos en común entre la Eucaristía y el matrimonio para que, viendo sus semejanzas, puedan los matrimonios vivir la gratitud como un aspecto esencial en sus vidas.

**Oración inicial**

Señor, Tú nos has llamado a fundar juntos esta familia,

danos la gracia de animarla con tu amor,

que sea una familia que conforte a los que viven en ella

y que acoja a los que a ella se acerquen.

Enséñanos a progresar el uno por medio del otro bajo tu mirada,

a cumplir tu voluntad todos los días de nuestra vida,

a someterte nuestros proyectos, a pedir tu ayuda,

a ofrecerte nuestras alegrías y nuestras penas,

 a guiar hacia ti los hijos que nos des.

Señor, tú eres amor; nosotros te damos gracias por nuestro amor.

**Ubicación.**

En estos cinco encuentros pretendemos tener un acercamiento a las características paralelas que poseen en común la Eucaristía y el matrimonio, con la finalidad de orientar nuestra reflexión hacia una praxis en el hogar. Tanto la Eucaristía como el matrimonio son experiencias de amor que otorgan un nuevo valor a las relaciones mediante el don de sí, pues Eucaristía y matrimonio son lugar de encuentro y origen de gratitud.

Por tal motivo nuestro punto de partida veremos es el tema de la gratitud, la cual, nace de haber visto un amor primero que se nos ha dado (cfr. 1*Jn* 1,3). Sin gratitud las relaciones nunca podrán ser amorosas; sin gratitud es imposible responder con generosidad a la llamada de amor que Dios nos hace; sin gratitud no es imposible construir una familia ni mantener relaciones que nos acerquen a Dios.

 **Palabra de Dios**

«*Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual*» (*Rm* 12,1).

Todos los fieles católicos descubrimos lo valioso y significativo que es una hostia. Es un pedacito de pan que se aparta para celebrar la «acción de gracias» dedicada a Dios. Pero no sólo el pan está a la espera de ser consagrado y ofrecido a Dios, sino que también cada vida y cada alma está esperando ser consagrado para ofrecerse a Dios: «*Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual*» (*Rm* 12,1)[[1]](#footnote-1). Se trata de imitar a Cristo que se hizo hombre y se quedó en el pan y en el vino para seguir siendo ofrecido como alabanza eterna («Sangre de la alianza nueva y eterna»).

Así como Cristo se entrega por amor en la Eucaristía, así nosotros, como respuesta al don de la salvación por la fe, hemos de entregarnos por amor a Dios en el prójimo. Es una llamada a vivir la caridad conyugal, es decir, entregarse por amor y en el amor a su cónyuge.

«Celebrando la Eucaristía, los esposos celebran lo que, radicalmente están llamados a vivir. Eucaristía y matrimonio son los dos sacramentos de la Alianza, es decir, del amor hasta el fin. Se podrá decir que si la primera tradicionalmente es llamada sacramento de la Alianza “bajo las especies” de pan y vino, el segundo podría ser llamado el sacramento de la Alianza “bajo las especies” del cuerpo y de la vida de los cónyuges»[[2]](#footnote-2).

**Hacer valiosa la propia vida**

Cuando alguien hace una apuesta, pone su dinero en favor de quien cree que es mejor, que es capaz de vencer y le puede hacer ganar; en otras palabras: en quien es valioso. Y, una vez ganada la apuesta, quien compitió se hizo más valioso, y mi apuesta (mi dinero) también creció, siendo ahora más valiosa la cantidad. De la misma manera, los esposos ponen lo más valioso de ellos (sus personas mismas) en Cristo, porque saben que poner la vida en Cristo es darle valor a la vida. Es por eso que todo matrimonio que experimenta a Cristo vencedor no duda en apostar por Él, pues sabe que la vida matrimonial y familiar ganará siempre, no por las propias fuerzas, sino por la fuerza y bondad de Cristo: «Acéptanos en su compañía, no por nuestro méritos, sino conforme a tu bondad» (Plegaria eucarística I).

**Eucaristía: manantial de agua viva para los matrimonios**

Participar de la Eucaristía es convertirse en manantial: «*Del que cree en mí se puede decir lo que afirma la Escritura: “De su seno manarán ríos de agua viva*» (*Jn* 7,38). El mismo Jesús promete que la fe convierte a la persona, no sólo para que ella misma tenga vida en el Espíritu, sino para que todo aquel que se acerque a una persona de fe pueda recibir también las gracias otorgadas en la Eucaristía. Asistir a la Eucaristía es transformar la propia vida en beneficio propio y en el de los demás. Necesitamos de Dios para ser agua viva para los demás, más aún, necesitamos de la Eucaristía para poder dar vida en el Espíritu a los propios hijos. Porque si no es de la Eucaristía, ¿de dónde tomarán fuerza los matrimonios para seguir adelante?

**Eucaristía y matrimonio, experiencia del don de sí**

¿Por qué la Eucaristía se conecta de manera especial con el matrimonio (y la familia)? Porque ambos sacramentos tienen su núcleo en *la entrega total de la persona*. Así lo refiere San Pablo cuando habla de la relación nupcial entre Cristo y la Iglesia: «*Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella*» (*Ef* 5,25). Toda la vida de pareja tendrá que referirse sin cesar a Cristo, corazón de la pareja, pues, sólo en la imitación de Cristo eucaristía el matrimonio encuentra su verdad, la cual consiste en sacrificio agradable al Padre. Así lo afirma Evdokimov, «todo gran amor es necesariamente crucificado»[[3]](#footnote-3). Eucaristía y matrimonio representan, por lo tanto, un mismo misterio: el don d sí.

**Una cita de amor**

Participar de la Eucaristía es asistir a una cita de amor. Recordemos al novio que camina kilómetros de distancia, si fuera necesario, con tal de encontrarse con su novia, con tal de no fallar a la cita de amor con la persona amada. Cuando el novio hace tal recorrido es en razón de que posee una conciencia clara de que «mi novia me ama», y más aún, existe la conciencia de que «yo amo a mi novia».

De igual manera, la Eucaristía es una cita de amor donde se encuentran los amantes. Aceptar la cita con Cristo es aceptar su presencia en nuestro matrimonio para construir la comunión de personas. He aquí la importancia de asistir juntos, como matrimonio, a esta cita de amor.

**Eucaristía y familia, lugar de encuentro**

Tanto la Eucaristía como la familia es lugar de encuentro, y ambos tienen como finalidad alcanzar la comunión de personas. La plegaria eucarística IV lo expresa de esta manera: «Dirige tu mirada, Señor, sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos, en Cristo, víctima viva para tu alabanza».

La Eucaristía nos llama, nos congrega, nos alimenta de una misma mesa, nos instruye, nos interpela y nos educa. De igual manera, la familia nos convoca, nos reúne, nos alimenta de una misma mesa, nos interpela y nos educa. Una familia que participa en la Eucaristía tiene signos de la presencia de Cristo en sus vidas. El Papa Benedicto XVI lo expresa de la siguiente manera:

«[La participación en la Eucaristía] debe manifestarse en la vida. Esto debe verse en la capacidad de perdonar. Esto se debe manifestar en la sensibilidad a las necesidades del otro. Esto se debe manifestar en la disponibilidad para compartir. Esto se debe manifestar en el compromiso hacia el prójimo, el que está cerca y el que está lejos, pero que nos mira siempre de cerca»[[4]](#footnote-4).

A veces, después de unos años, los matrimonios pueden verse envueltos en la rutina, fatigados y sin encontrar un sentido para seguir adelante. Curiosamente, las situaciones que vivimos en el matrimonio lo manifestamos en la Eucaristía: se cae en la rutina, se vuelve complicado asistir a misa, perdemos el sentido del por qué seguir yendo cada domingo, etc. Por eso es tan importante que los matrimonios se esfuercen por vivir con atención, con fe y con devoción la Eucaristía, pues si se pasa de largo en lo esencial de la Eucaristía, se corre el riesgo de pasar de largo también en lo esencial del matrimonio.

**Una acción de gracias**

Durante la Eucaristía aparece constantemente la acción de gracias. De hecho, la etimología griega «εὐχαριστία» significa «acción de gracias». Es por eso que en las oraciones aparece constantemente la gratitud a Dios. Por ejemplo, al inicio de todo prefacio se proclama: «Demos *gracias* al Señor. / Es justo y necesario. / En verdad es justo y necesario darte *gracias* siempre y en todo lugar»; el prefacio Común IV, reza: «Es un don tuyo que seamos *agradecidos*»; y en la plegaria eucarística Niños I, al momento de la consagración, se lee: «Padre santo, para mostrarte nuestra *agradecimiento*, hemos traído este pan y este vino».

En agradecimiento es como llegamos al corazón de la Eucaristía. La gratitud es la virtud más valiosa de un hijo, y más aún, de un hijo de Dios, pues sabe que todo lo que tiene es un don de Dios. La gratitud será siempre el punto de partida para disfrutar de los dones del Señor, dones como la Eucaristía y el matrimonio. Stephan Kampowski, en su libro “*Contingencia criatural y gratitud*”, aborda el tema de la gratitud y cita una carta de Hannah Arendt dirigida a Mary McCarthy, con motivo de la muerte de un amigo en común:

«Mira Mary, creo saber cuán triste estás por esta pérdida. Sin embargo, si tú sólo sabes decir “odioso”, deberías de decirlo de muchas otras cosas, si es que quieres ser coherente. Se puede ver la vida como algo dado y algo quitado.

[…] Me he fijado en las oraciones de los hebreos que hacen en los funerales (el *kaddish*), y son solo alabanzas al Señor. El nombre del difunto no es pronunciado para nada. “El Señor me lo ha dado, el Señor me lo ha quitado, sea bendito el Señor”. Es decir, no hay que lamentarse si te viene quitado algo que se te había dado antes, y que necesariamente no te pertenecía. Y recuerda, que para que algo sea quitado, primero tuvo que haber sido dado. Y peor para ti, si habías creído que era tuyo, si has olvidado que te había sido dado»[[5]](#footnote-5).

No existe nada en la vida que podamos llamar de nuestra propiedad, sino por el contrario, todo lo que poseemos es un don de Dios, pues como dice la carta anteriormente citada: «peor para ti si habías creído que era tuyo». «No se trata sólo de recordar el hecho de que la vida es dada, sino también recordar la bondad de Dios en ello. Sólo así, el recuerdo del nacimiento nos lleva necesariamente a la gratitud»[[6]](#footnote-6). Se trata de tener una predisposición a la gratitud. Entre más se reconozca que hay algo por agradecer, más satisfactoria se hace la propia vida. Curiosamente, las personas agradecidas tienden a ser más felices, pues el sentido de la gratitud va disminuyendo en la misma medida la envidia, cáncer del corazón. A mayor gratitud menor envidia.

Si aprendiéramos a decir gracias en cada Eucaristía, encontraríamos innumerables ocasiones para decir gracias en nuestro matrimonio, en nuestra familia, en nuestro trabajo, a nuestros vecinos, nuestros amigos, etc.

Cristo se nos da y espera que lo acojamos como un don y que sepamos decirle gracias. Un don no es verdaderamente don más que en la medida que sea acogido. El don exige a su vez que sea un don para los demás, y nos provoca agradecimiento. Recordemos un pasaje de la Escritura para ver cuán agradable es para Dios que nosotros, sus hijos, seamos agradecidos:

 «*Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en voz alta, y, postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias; y éste era un samaritano. Tomó la palabra Jesús y dijo: “¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quién volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?*» (*Lc* 17,15-18).

La gratitud es una alabanza a Dios, una glorificación a Su Nombre: «Santificado sea tu Nombre», rezamos en la oración del Padre Nuestro.

¿Cuántas oportunidades al día imaginas que tienes para decir “gracias”? Un momento especial es cuando compartimos los alimentos, porque, ¿dónde fue instituida la Eucaristía? En el curso de una comida. La comida es el lugar por excelencia para convivir como familia, para estar contentos por tantos dones recibidos de parte de Dios. Y así como en la Eucaristía el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre, son convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, así también nuestras vidas en las manos de Dios piden ser transfiguradas.

Cuando Cristo está a la mesa todo cambia. Cuando Cristo es quien acompaña al matrimonio y la familia todo cambia: “Transfórmanos, Señor, en una ofrenda permanente” (Plegaria eucarística III).

**Conclusión**

Matrimonio y Eucaristía tienen muchos aspectos en común, pero existe uno que es esencial: el don de sí, el cual no se puede efectuar si primero no hay gratitud. La gratitud es la puerta de entrada al corazón de la Eucaristía y del matrimonio. Cuando busquemos el encuentro con los demás, cuando hagamos un sincero don de sí a los demás (cfr. GS 24) alimentados por el Espíritu de Dios (cfr. *Jn* 7,37-38), llegaremos a realizar una perfecta acción de gracias.

**Compromiso**

* ¿Asistimos juntos a misa?
* ¿Cuándo estamos en misa, existe ese momento de oración para poner nuestro matrimonio y nuestra familia en manos de Dios para que con Él podamos ganar siempre y hacer más valiosa la vida?
* ¿Llegamos a tiempo a la cita de amor?
* ¿Cuándo tenemos dificultades, nos recargamos en la Eucaristía?
* ¿Vivimos nuestro matrimonio como una Eucaristía (don de sí)?
* ¿Se nota que vamos a misa juntos?
* ¿Qué dones en mi matrimonio y e mi familia debo agradecer todos los días? ¿Lo hacemos? ¿Somos agradecidos?

**Oración final**

Oh, Dios, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar,

vivida en la fe y la obediencia a Tu voluntad,

ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor a tus mandamientos.

Socórrenos en nuestra misión de transmitir la fe a nuestros hijos.

Abre su corazón para que crezca en ellos

la semilla de la fe que recibieron en el bautismo.

Fortalece la fe de nuestros jóvenes para que crezcan en el conocimiento de Jesús.

Aumenta el amor y la fidelidad en todos los matrimonios,

especialmente en aquellos que pasan por momentos de sufrimiento o dificultad.

Unidos a José y María, te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor.

Amén.

**Segundo encuentro**

**Eucaristía y matrimonio: La liturgia del perdón**

«*Dichosos los misericordiosos,*

*porque ellos alcanzarán misericordia*» (*Mt* 5,7)

**Objetivo:** Mostrar a los matrimonios el sentido profundo del perdón en la relación matrimonial para que, venciendo la indiferencia de frente al otro, pueda cada uno ser misericordioso como el Padre es misericordioso.

**Oración inicial**

Oh Jesús, a través de tu compasión, enséñanos a perdonar desde el amor, enséñanos a olvidar desde la humildad.

Ayúdanos a examinar nuestro corazón y a ver si hay alguna herida no perdonada, o alguna amargura sin olvido.

Permite que el Espíritu Santo penetre en mi espíritu y remueva todo rastro de enojo.

Derrama tu amor, paz y alegría en nuestros corazones, en proporción a nuestro vacío de propia complacencia, vanidad, ira y ambición.

Ayúdanos a cargar con ánimo la Cruz de Cristo. Amén.

**Ubicación.**

En el encuentro anterior descubrimos distintos elementos similares entre la Eucaristía y el matrimonio, y que para llegar a lo esencial de ambos es preciso tener una actitud agradecida, pues sólo con gratitud puede ser posible el don desinteresado de sí a los demás.

El encuentro de hoy toca uno de los puntos más necesarios en el matrimonio y que la Eucaristía nos lo enseña con una pedagogía divina. Estamos hablando del perdón.

**¿Pedir perdón yo? ¿Por qué?**

¿Por qué debemos pedir perdón en cada misa? Es cierto que en muchas ocasiones no se ha cometido pecado grave, a tal grado que los fieles se acercan a comulgar con esa tranquilidad de conciencia que no les impide comulgar. Entonces, ¿Por qué debo volver a pedir perdón?

Debemos mencionar que pedir perdón siempre es un acto de humildad, es un acto de temor de Dios (don del Espíritu Santo). Además, cabe señalar que en más de una ocasión no nos damos cuenta de que hemos ofendido, no sólo a Dios, sino al prójimo, y de manera especial, al cónyuge. Aquí nos podríamos hacer cada uno la pregunta: ¿Estás realmente seguro de que no has faltado en nada (pensamiento, palabra, obra y omisión)?

**Palabra de Dios**

«*Dos hombres subieron al templo a orar: uno fariseo y otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres: rapaz, injusto y adúltero; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todas mis ganancias”. En cambio el publicad, manteniéndose a distancia, no se atrevía a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!” os digo que éste regresó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será enaltecido*» (*Lc* 18,10-14).

**El boleto de entrada**

Una de las condiciones sin la cual no se puede participar auténticamente en misa es: reconocerse pecadores. Es como el boleto de entrada, porque para estar en la presencia de Dios es preciso ser humildes, bajarse del propio orgullo y del pedestal de la soberbia (cfr. *Lc* 19,5; *Hch* 9,4), quitar las seguridades humanas y títulos personales, tener clara conciencia de que el lugar que se pisa es sagrado (*Ex* 3,5) y reconocer que toda fortaleza proviene solo de la misericordia de Dios (cfr. 2*Cor* 12,10). Reconocerse pecadores es reconocer que siempre estoy necesitado de Dios.

**En contacto con lo sagrado**

Todo cristiano adulto debe saber que para recibir la Eucaristía es necesario haber realizado primero un examen de conciencia, un discernimiento que ayude a descubrir que no hay nada inadecuado que impida una honesta recepción del sacramento.

De la misma manera, los novios, antes de decidir unir sus vidas, deben hacer un discernimiento para descubrir que sus personas son aptas para recibir al otro y para darse al otro. Se debe hacer un discernimiento para descubrir que no hay nada inadecuado que impida recibir al otro y que no hay nada que impida darse libremente al otro. Todo este discernimiento es razón a que nos acercamos a *alguien sagrado*, tanto Cristo en la hostia consagrada, como Cristo en la persona del cónyuge. No podemos acercarnos a recibir al otro si primero no hay una intención recta y una visión sagrada del otro.

Recordemos que cuando Dios decide hacer una «ayuda adecuada» (cfr. *Gn* 2,18) desea que las relaciones entre el hombre y la mujer sean sagradas, pues cada persona posee la huella de Dios, cada persona tiene algo de divino que merece ser respetado y amado con devoción. Tratar al cónyuge con desprecio, con violencia o con falta de amor es como despreciar la Eucaristía, como pisotearla o no darle la devoción y adoración que merece. Tan sagrada es la Eucaristía como sagrado es el cónyuge.

**El gran enemigo: la indiferencia**

¿Cuántos matrimonios viven en realidades adversas, sufren las situaciones difíciles del matrimonio de familia, pero rechazan a perdonar o pedir perdón? Cada vez son más los matrimonios que se derrumban por la falta de atención y por el desinterés de reconstruir el amor primero. Poco a poco se va perdiendo esa pasión por reavivar el fuego que un día los llevó a unir sus vidas; viven como si el otro no existiera o como si los problemas que sufre el cónyuge son problemas ajenos a la propia persona. *La indiferencia ante el sufrimiento del otro es el gran enemigo que ha destruido matrimonios y familias*. El deseo de felicidad de todo ser humano jamás será posible si desatiendo al otro, concretamente a mi cónyuge.

La presencia de Dios y todos sus dones divinos jamás se harán presentes si yo me olvido de que mi prójimo me necesita. Donde no se realiza la voluntad de Dios el enemigo, el diablo, va ganando terreno. Por tal razón, para encontrar la verdadera felicidad del otro hemos de detenernos, observar, inclinarse, curar, estar junto al otro, preocuparse por el otro (cfr. *Lc* 10,29-37), no reclamar, sino perdonar y pedir perdón, pues la misericordia es donde más presente se hace Dios:

«En las parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia. Conocemos estas parábolas; tres en particular: la de la oveja perdida y de la moneda extraviada, y la del padre y los dos hijos (cfr. *Lc* 15,1-32). En estas parábolas, Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón» (MV 9).

**La verdadera misericordia**

La misericordia envuelve toda la celebración de la Eucaristía. Si nuestra vida es una eucaristía, entonces debería ser vivida en clave de misericordia. Pero, ¿qué es la misericordia? La misericordia no es otra cosa sino el amor en acción, es acercarse al otro para caminar juntos por el camino de la verdad. Misericordia es mostrar el rostro de Dios.

No debemos confundir la misericordia con la tolerancia. La tolerancia sería una «misericordia» sin conversión que deja a las personas en sus males. La tolerancia es el resultado de una negociación.

Tampoco debemos confundir la verdadera misericordia con la compasión. La compasión es «sentir con el otro», pero el *solo sentir* no cura. La verdadera misericordia, cura las heridas, sana desde el interior y otorga una vida renovada.

**«El amor todo lo perdona, todo lo soporta» (1*Cor* 13,7)**

En el matrimonio, ¿se puede perdonar siempre? La respuesta es rotunda: sí. Porque un amor verdadero «*todo lo perdona, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*» (1*Cor* 13,7). Además, el ser humano puede perdonar siempre porque primero ha sido objeto de misericordia: «*En esto consiste el amor: no en que hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación, para el perdón de nuestros pecados*» (1*Jn* 4,10). Por lo tanto, si primero hemos recibido el perdón de Dios, entonces somos capaces de perdonar también nosotros: «*Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe*» (*Lc* 11,4).

Somos capaces de misericordia, y sólo alcanzaremos misericordia si nosotros mismos practicamos la misericordia con los demás. Recordemos aquí la quinta bienaventuranza que Jesús anuncia: «*Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*» (*Mt* 5,7). Una condición especial para recibir y gozar de la misericordia divina es que se practique la misma misericordia con los que me rodean. Pretender una relación con Dios sin misericordia es como pretender casarse sin amor.

La dicha de todo cristiano, más aún de los matrimonios, se encuentra en descubrir la presencia de Dios en el otro, y un modo de verlo concretamente es la misericordia. Si practico la misericordia, entonces veré a Dios en mi vida y en mi historia; si practico la misericordia entonces conoceré la grandeza del amor de Dios por mí; si practico la misericordia, entonces podré participar en la Eucaristía (cfr. *Mt* 5,23-24).

**La fuerza de la misericordia**

En una ocasión, dos servidores del rey fueron llamados a juicio por haber incurrido en una falta grave. La decisión del rey fue darle muerte a los dos servidores para que todos vieran cuán poderoso era el rey. Pero antes de ser ejecutados, uno de ellos se dirigió al rey con estas palabras: «Su majestad, perdone mi atrevimiento, pero quiero mencionar que Dios Omnipotente manifiesta todo su poder dando vida, y no muerte. Si usted se dice poderoso, por favor, sea poderoso como Dios, y perdónenos. Evite nuestra muerte, pues, matar lo puedo hacer también yo, que no soy más que un simple mortal, pero perdonar, en este caso sólo su majestad». El rey entendió que la fuerza y el poder se manifestaban no en el castigo, sino en la misericordia. Y fue así que en ese mismo instante ambos servidores fueron perdonados de la pena de muerte.

**Conclusión**

Pedir perdón es un acto de humildad y de honestidad, es reconocer que siempre estoy necesitado de Dios. Además, pedir perdón a mi cónyuge o perdonarle es reconocer el carácter sagrado del otro, es mantener vivo el amor, es vencer la indiferencia, es hacer presente a Dios en la vida matrimonial y familiar. En este sentido la Eucaristía posee una pedagogía única, pues toda ella está envuelta en una esfera de misericordia y de reconciliación. La Eucaristía nos enseña lo que es la verdadera misericordia: una misericordia como la que Dios tiene para con nosotros sus hijos y que nos hace volver al camino de la verdad y el amor.

**Compromiso**

* En la relación matrimonial, ¿me cuesta trabajo pedir perdón o perdonar?
* En mi matrimonio, ¿qué acciones manifiestan una verdadera misericordia (que no es tolerancia ni compasión)?
* ¿Soy capaz de perdonar siempre?
* ¿Soy capaz de ponerme en la presencia de Dios y pedir perdón o perdonar alguna situación guardada?
* Cuando sucede algo que me ha incomodado o me ha ofendido, ¿lo dejo pasar o abordo el tema para llegar a una reconciliación? Y si lo dejo pasar, ¿qué me motiva a permanecer «como si nada pasara»? ¿Por qué no me atrevo a dialogar sobre una ofensa hecha o una incomodidad provocada.

**Oración final**

Señor, Dios nuestro, Tú nos has elegido

paras ser tus santos  y tus predilectos.

Revístenos de sentimientos de misericordia,

de bondad, de humildad, de dulzura, de paciencia.

Ayúdanos a comprendernos mutuamente

cuando tenemos algún motivo de queja,

 lo mismo que tú Señor, nos has perdonado.

Sobre todo, danos esa caridad, que es vínculo de perfección.

Que la paz de Cristo brille en nuestros corazones.

Esa paz que debe reinar en la unidad de tu cuerpo místico.

Que todo cuando hagamos,

en palabras o en obras,

sea en nombre del Señor Jesús

por quien sean dadas las gracias a ti

Dios Padre y Señor Nuestro.

Amén.

**Tercer encuentro**

**Eucaristía y matrimonio: Una misma pedagogía de la Palabra**

«Hablar es una necesidad, escuchar es un arte»

**Objetivo:** Descubrir, a partir de la pedagogía de la Palabra de Dios, la importancia del diálogo conyugal sobre las cosas pequeñas para que, mediante un aprendizaje en el arte del diálogo, puedan los padres de familia enseñar a sus hijos la trascendencia de la palabra.

**Oración inicial**

Oh Dios, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, Padre, que eres Amor y Vida, haz que en cada familia humana sobre la tierra se convierta, por medio de tu Hijo, Jesucristo, "nacido de Mujer", y del Espíritu Santo, fuente de caridad divina, en verdadero santuario de la vida y del amor para las generaciones porque siempre se renuevan.

Haz que tu gracia guíe a los pensamientos y las obras de los esposos hacia el bien de sus familias y de todas las familias del mundo.

Haz que las jóvenes generaciones encuentren en la familia un fuerte apoyo para su humanidad y su crecimiento en la verdad y en el amor.

Haz que el amor, corroborado por la gracia del sacramento del matrimonio, se demuestre más fuerte que cualquier debilidad y cualquier crisis, por las que a veces pasan nuestras familias.

Haz finalmente, te lo pedimos por intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, que la Iglesia en todas las naciones de la tierra pueda cumplir fructíferamente su misión en la familia y por medio de la familia. Tú, que eres la Vida, la Verdad y El Amor, en la unidad del Hijo y del Espíritu santo.

**Ubicación.**

Después de caminar hasta el corazón de la Eucaristía y el matrimonio hemos descubierto un elemento esencial de ambos: la gratitud, la cual va de la mano con el perdón, un perdón que permite descubrir el rostro de Dios en el otro. Ahora bien, la gratitud y el perdón, elementos esenciales de la Eucaristía y el matrimonio, sólo se alcanzan mediante una sabia escucha de la Palabra de Dios, la cual nos indica el modo de aprender a dialogar.

**Palabra de Dios**

«*El que es fiel en lo insignificante, lo es también en lo importante; y el que es injusto en lo insignificante, también lo es en lo importante*» (*Lc* 16,10).

Este pequeño versículo nos muestra cuán importante es cuidar tanto las cosas grandes como las pequeñas. Sabemos que en el matrimonio existen muchas cosas pequeñas que merecen ser atendidas, pero, por alguna razón se deja y se pasa de largo, provocando así que poco a poco las pequeñas cosas se conviertan en grandes. Es algo parecido como una avalancha: inicia con un pequeño derrumbe, pero mientras más avanza más fuerza toma y más grade es el derrumbe y la catástrofe. Todo matrimonio debe dialogar las cosas grandes como los pequeños detalles si es que no quiere que su vida matrimonial se convierta luego en ua catástrofe. De ahí la importancia de aprender el arte de dialogar.

**La Palabra que nos une**

En el libro del *Génesis* descubrimos que el obrar de Dios es armonizar y unir (cfr. *Gn* 1,1-28) Toda la creación sucede por la Palabra de Dios: «*Y dijo Dios: ¡hágase!*». Así, en la vida matrimonial, es mediante la palabra por la que se llega a los acuerdos, se alcanza la armonía, se descubren las emociones y sentimientos y se ponen en su lugar, se llega a la unión de los corazones y de los cuerpos. En el matrimonio, la unión conyugal debería ser la conclusión de un diálogo de amor, de la misma manera que Cristo, en la liturgia de la Palabra, nos habla de su amor antes de darse (cfr. *Jn* 13,34; 14).

**Al comienzo, la palabra**

Es muy posible que de la misma manera que escuchamos la Palabra de Dios es como escuchamos a nuestro cónyuge. El teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer, muerto en los campos de batalla, decía: «El primer servicio que debemos dar a los demás es escucharlos. Lo mismo que el comienzo de nuestro amor por Dios consiste en escuchar su Palabra, el comienzo del amor al prójimo consiste en aprender a escucharlo»[[7]](#footnote-7). De tal manera que, si se aprende a escuchar la Palabra de Dios, se aprenderá también a escuchar al cónyuge, a los hijos, a los amigos, etc.

**Aprendiendo a escuchar**

En la dinámica de la comunicación descubrimos que «hablar es una necesidad, pero escuchar es un arte». Entre el hablar y el escuchar, guarda más importancia lo segundo, pues del modo de escuchar depende la manera de pensar, de sentir y de hablar. En repetidas ocasiones sucede que aquello que se ha escuchado se hace propio. De ahí la importancia de saber escuchar. El libro del Deuteronomio contiene el «*Shemá*» (escucha), el cual revela que antes de amar, se debe escuchar: «*Escucha Israel: Yahvé nuestro Dios es el único Yahvé. Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Que penetren en tu mente estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado*» (*Dt* 6,4-7). De tal modo que para enseñar a amar, primero se debe aprender a escuchar.

**Prepararse para escuchar**

En la liturgia, el momento de la lectura de la Palabra está acompañado de gestos y de objetos simbólicos, por ejemplo: la luz, el incienso, una procesión, el canto, etc.; son gestos que preparan al encuentro con la Palabra, que indican la importancia de lo que se escuchará y del respeto necesario al momento de escuchar. Así, en el matrimonio, existe la necesidad de aprender a preparar algunos de nuestros diálogos, algunos recuentros, aniversarios, noticias fuertes, preocupaciones, etc. Es bueno que aprendamos a dialogar, y para ello, es preciso prepararse. ¿Cómo?

* Teniendo un espacio adecuado para escuchar al otro (no será lo mismo conversar en una fiesta que en la mesa o en la intimidad de la recámara).
* Se necesita también estar tranquilo, sin prisas y con una total dedicación de mente y cuerpo («La escucha no se hace sólo con los oídos, sino también con los ojos y el corazón»), que el otro vea y sienta que realmente se le está escuchando, para que así, a partir de una buena escucha, sobrevenga un adecuado hablar.
* Algo muy importante: se debe escuchar con la conciencia clara de que quien me está hablando, me ama, para que cuando yo tenga mi turno de hablar también lo haga amándole.
* Además, en el arte del diálogo, es preciso solicitar permiso al otro para que me escuche. Si está ocupado, mejor luego: «¿Tienes tiempo de conversar algo conmigo? ¿Me podrías dedicar unos minutos para decirte algo? ¿Me puedes escuchar?». Si el otro no puede, es mejor buscar otro momento adecuado.
* Por otra parte, también es importante que cuando he concedido el permiso para escuchar, sólo escuche. Ya luego vendrá mi turno de hablar, si así lo deseo y si es preciso hacerlo.
* Por último, para que una conversación esté bien preparada, se debe pedir la luz de Dios, para que teniendo a Dios presente, podamos descubrir el amor de quien me habla: «*Tu luz, Señor, nos hace ver la luz*» (*Sal* 35,10).

**Momento de hablar**

En la celebración eucarística existen varios momentos en que el pueblo entra en diálogo con Dios. Desde el inicio de la celebración existe un diálogo donde habla el sacerdote, habla Dios y responde el pueblo. Concretamente en la liturgia de la Palabra existe el *salmo responsorial*. A cada proclamación de la Palabra el pueblo responde con la boca y con la propia vida. Hay quien le gustaría que el sacerdote hablara menos, o que la misa fuera más cortita, pero también hay personas que son conscientes de que durante la celebración eucarística hemos de esperar el momento para hablar.

En el matrimonio sucede de la misma manera. Es muy común que en el diálogo (sobre todo el diálogo de pareja) se haga presente la tentación de callar al otro o interrumpirle mientras habla. A veces quien está hablando no ha acabado de expresar su idea cuando el otro ya respondió, y, curiosamente, suele ser que quien no escucha, quien no espera a que el otro termine de hablar, quien levanta el volumen de la voz, quien duce frases erróneas, palabras ofensivas, hirientes o de incomprensión, provocando que el camino que lleva a la armonía y a la experiencia de amor sea interrumpido y, en consecuencia, quede un sabor amargo ante el intento de diálogo.

Por eso es tan necesario tener esa capacidad de saber mantener el orden durante el diálogo, saber esperar, saber escuchar para saber hablar.

**La pedagogía de la Palabra**

Cuando asistimos a misa, escuchamos sólo un trozo del Evangelio. La Palabra de Dios es un llamado constante a la comunión con Él (cfr. 1*Jn* 1,3). La Palabra de Dios es de tal riqueza que no podemos captarla en su total profundidad, pero, precisamente, por ser tan rica, podemos encontrar en ella el elemento que más necesitamos para responder a su llamada y caminar por el camino de la conversión. La liturgia presenta un proceso en la Palabra de Dios, un camino que nos va adentrando al mayor conocimiento de Dios y que nos va alimentando paso a paso que nos va guiando hasta alcanzar la plena comunión con Él.

Lo mismo pasa en el matrimonio. Son muchas las cosas que debemos ir mejorando y cambiando en la relación de esposos, lo sabemos, pero es imposible cambiarlo todo al mismo tiempo. Es mejor avanzar paso a paso y no pasar al siguiente hasta que el primero esté conseguido, porque no son los grandes impulsos lo que hacen duran un matrimonio, sino los pequeños gestos de atención que se hacen día con día. Recordemos: «*El que es fiel en lo insignificante, lo es también en lo importante; y el que es injusto en lo insignificante, también lo es en lo importante*» (*Lc* 16,10).

**Cumplir la palabra dada**

El Papa San Juan Pablo II habla en una de sus catequesis sobre el amor humano en el plano divino de que el hombre es el primer responsable de cuidar la relación en el matrimonio porque fue el hombre quien recibió a la mujer como un regalo[[8]](#footnote-8). De igual manera, es al hombre, al padre de familia, a quien le corresponde, en primer lugar, transmitir, enseñar y cumplir la palabra dada, pues quien primero recibió la Palabra de Dios fue el hombre. De hecho, cuando Adán y Eva caen en la tentación de comer del árbol prohibido, no es sólo culpa de Eva, sino también de Adán, al cual le fue dada la prohibición (Eva aún no estaba en el paraíso terrenal), y el mismo Adán no hizo nada por evitar la tentación del diablo que se le presentó en boca de Eva.

Dentro de la misión de los padres de familia se encuentra el aspecto de enseñar a cumplir la palabra dada. Si preguntamos a los niños y adolescentes si cumplen las promesas hechas, los propósitos o la palabra dada, nos daremos cuenta que son muchos los que no cumplen con lo que dijeron. A partir de esta realidad vemos cuán necesario es enseñar a los hijos a guardar la palabra dada, enseñanza que corresponde de manera especial al padre de familia, pues, como ya lo hemos visto, como al hombre le fue dada la palabra, él debe ser el primer guardián de que esa palabra sea cumplida.

El primer rol de un padre de familia es dar una palabra que marque las indicaciones y que defina los acuerdos. El siguiente testimonio es un ejemplo:

«Fuimos invitados a casa de una familia y llegamos antes de la hora prevista; nos sorprendimos al escuchar al padre decirnos: “los dejo con mi mujer, volveré dentro de una media hora, le he prometido a mi hijo ir en bici con él”. Ciertamente nos sorprendió este recibimiento, pero enseguida, reflexionando, nos dimos cuenta de cuán justa era la actitud del padre».

Este pequeño ejemplo nos recuerda cuán trascendente es el «consentimiento» en la celebración del matrimonio. Es la fidelidad y lealtad a la palabra dada: «Prometo estar contigo en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, amarte y respetarte todos los días de mi vida». Desde este momento, marido y mujer han entrado el misterio de la Palabra de Dios que les sostiene y les abre a un futuro.

**Conclusión**

La Palabra de Dios nos ha recordado que la fidelidad en las cosas pequeñas revela también la fidelidad en las cosas grandes. La pedagogía de la Palabra de Dios enseña a los matrimonios el arte del diálogo, mediante el cual es posible armonizar y unir los corazones de los cónyuges. Pero, para que el diálogo sea efectivo, es preciso cumplir con algunas condiciones, las cuales, hacen capaces a los matrimonios de enseñar a sus hijos la importancia y trascendencia de la palabra. Ejemplo de ello será la fidelidad a la palabra dada en el consentimiento matrimonial.

**Compromiso**

* ¿Qué «pequeñas cosas» aún no he dialogado con mi cónyuge?
* ¿Cómo escucho la Palabra de Dios cuando estoy en misa? ¿Se parece al modo en que escucho a mi cónyuge?
* ¿Hemos sido capaces de armonizar la vida matrimonial mediante la palabra?
* ¿Qué condiciones en el arte del diálogo he realizado? ¿Cuáles debo incluir todavía en mi diálogo conyugal y familiar?
* ¿Ordinariamente soy más dado a hablar o a escuchar? ¿Hablo adecuadamente? ¿Escucho adecuadamente? ¿Qué piensa al respecto mi cónyuge?
* ¿Cumplo la palabra dada?

**Oración final**

¿Qué tienes que decir a tu mujer?

Dile con mucha dulzura: «Yo te he elegido,

te amo y te prefiero a mi vida.

La existencia presente no es nada;

mis oraciones, mis recomendaciones

y todas mis acciones, las realizo

para que nos sea dado pasar esta vida

de manera que podamos estar juntos en la vida futura

sin ningún temor (de separación).

El tiempo que vivimos es corto y frágil.

Si nos es dado agradar a Dios en esta vida,

estaremos eternamente con Cristo el uno con el otro

en una felicidad sin límites.

Tu amor me arrebata más que todo

y no conocería desgracia más insoportable

que estar separado de ti».

San Juan Crisóstomo

**Cuarto encuentro**

**Eucaristía y matrimonio: una ofrenda agradable al Padre**

«Que Él nos transforme en una ofrenda permanente» (P.E. III)

**Objetivo:** Mostrar a los matrimonios que todo es un don de Dios, para que descubriendo a Dios como el propio origen, puedan a la vez descubrir que la finalidad de la propia vida: santificarnos los unos a los otros a ejemplo de Cristo por su Iglesia.

**Oración inicial**

Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno,

te damos gracias y bendecimos tu santo Nombre:

tú has creado al hombre y a la mujer

para que el uno sea para el otro ayuda y apoyo.

Acuérdate hoy de nosotros.

Protégenos y concédenos que nuestro amor

sea entrega y don, a imagen de Cristo y de la Iglesia.

Ilumínanos y fortalécenos

en la tarea de la formación de nuestros hijos,

para que sean auténticos cristianos

y constructores esforzados de la ciudad terrena.

Haz que vivamos juntos largo tiempo,

en alegría y paz, para que nuestros corazones

puedan elevar siempre hacia ti,

por medio de tu Hijo en el Espíritu Santo,

la alabanza y la acción de gracias. Amén.

**Ubicación.**

Agradecer, pedir perdón, perdonar y aprender de la pedagogía de la Palabra son pasos que llevan a los patrimonios a querer ser una ofrenda agradable al Padre. En el encuentro de hoy queremos descubrir la inmensidad de dones que Dios ha otorgado en la propia vida matrimonial; queremos descubrir que todos los dones proceden de Dios y en Dios tienen su destino. Y si todas las cosas y acontecimientos apuntan hacia Dios, ¿por qué los matrimonios han de quedarse al margen? ¿No será acaso que Dios espera también de los matrimonios una actitud oferente de la propia vida y de la propia historia? Hombre y mujer son como el pan y el vino que, como ofrenda presentada a Dios, esperan ser transformados. Hoy la invitación es clara: déjate transformar por Cristo, deja que tu matrimonio sea transfigurado en Cristo, ten fe en que Dios hace cosas maravillosas en tu matrimonio cuando tú y tu cónyuge se ofrecen a él como ofrenda permanente.

**Palabra de Dios**

«*Haces brotar hierba para el ganado, y las plantas para el uso del hombre, a fin de que saque pan de la tierra, y el vino que recrea el corazón del hombre*» (*Sal* 104,15).

Toda la creación es un don de Dios para el hombre[[9]](#footnote-9). Dios ha querido dar pan y vino al hombre para su sustento y para dar alegría al corazón. Si el pan y el vino son un don de Dios, dentro de la lógica del don, el hombre y la mujer deben usar estos mismos dones para hacer un don de sí mismo a los demás, porque todo don es para ser donado más adelante.

En la Eucaristía, en el pan y en el vino, Cristo se ha dado en su totalidad, en su Cuerpo y en su Sangre. De igual manera, los matrimonios están llamados a ser un don recíproco en su relación de matrimonio y de familia, sin temor a perder, sino buscando la propia plenitud del ser, pues así lo afirma el Concilio Vaticano II: «El hombre sólo encuentra su plenitud en el don sincero de sí a los demás» (GS 24).

**Ofrecer y acoger: dinámica del don**

Lo primero en el momento del ofertorio es recibir los dones recibidos. El sacerdote toma en sus manos el pan y reza en secreto: «Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que *recibimos* de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros pan de vida eterna». Y lo mismo hace con el vino. Este gesto habla que para poder ofrecer algo a Dios, primero hemos de reconocer que de Él lo hemos recibido.

Enseguida, cuando se invoca al Espíritu Santo para la consagración de los dones, el sacerdote suplica la presencia de Dios. No exige, sino suplica: «Por eso, Padre, *te suplicamos* que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti» (Plegaria eucarística III). La ofrenda no se impone, se ofrece, se pide sea recibida.

En el matrimonio, la santificación de los cónyuges sigue los mismos pasos: primero hay una presentación de las personas, luego el reconocimiento del cónyuge como un don recibido de Dios, luego una oración de invocación para la santificación de las personas para al final llegar a ser consagrados para el Señor. Son pasos que nos indican que la santificación del matrimonio es un proceso.

**¿Cambiar al otro?**

Comencemos este apartado con una reflexión anónima y muy conocida:

«Cuando era joven, quería cambiar el mundo.

Descubrí que era difícil cambiar el mundo, por lo que intenté cambiar mi país.

Cuando me di cuenta que no podía cambiar mi país, empecé a concentrarme en mi pueblo.

No pude cambiar mi pueblo y ya de adulto, intenté cambiar mi familia.

Ahora, de viejo, me doy cuenta que lo único que puedo cambiar es a mí mismo

y de pronto me di cuenta que, si hace mucho tiempo me hubiera cambiado a mí mismo,

podría haber tenido un impacto en mi familia.

Mi familia y yo podríamos haber tenido un impacto en nuestro pueblo.

Su impacto podría haber cambiado nuestro país

y así podría haber cambiado el mundo».

¿Quién en su pareja no ha tenido la tentación de querer cambiar al otro? Entonces todo sería maravilloso. Pero Jesús, con su vida y misterio, revela el camino correcto para alcanzar la comunión: *si quiero cambiar al otro, es necesario que comience por cambiarme yo mismo*. Cristo primero cambió su condición divina para tomar nuestra condición humana. Enseguida, antes de regresar al Padre, convirtió su cuerpo mortal en pan: «Esto es mi cuerpo que será entregado por ustedes» (*Lc* 22,19). Cristo primero se cambió a sí mismo para poder cambiarnos a nosotros. Es la pedagogía de la Eucaristía.

**El pan y el vino**

En todo hogar no debe faltar el pan, pues es fuente de vida y energía. Cristo hecho pan contiene la fuente de la vida y la fuerza necesaria para seguir adelante en la vida. Cristo, en la Última Cena, quiso dejarnos su cuerpo bajo la especie de pan para que comiendo su Cuerpo, tuviéramos vida y vida en abundancia (cfr. *Jn* 6,51); Cristo se preocupó para que nosotros, sus hijos, tuviéramos el pan que sostiene y fortalece. De igual modo, cada matrimonio debe procurar lo necesario para que su relación tenga vida y fuerza. Cada esposo y cada esposa deben ir descubriendo y acercando a la mesa todo aquello que genera vida, esperanza, fuerza, vigor.

El pan es algo ordinario en la mesa, sin embargo, es tan necesario para seguir con nuestras labores cotidianas. En la vida matrimonial, son tantos los detalles ordinarios que parecen no tener importancia, pero cuando se cuida que no falte el pan del amor cotidiano, entonces el matrimonio y la familia tienen fuerza para seguir adelante con sus trabajos y quehaceres.

El vino, por su parte, significa la alegría en la mesa, en el hogar y en la relaciones: «*Haces brotar hierba para el ganado, y las plantas para el uso del hombre, a fin de que saque pan de la tierra, y el vino que recrea el corazón del hombre*» (*Sal* 104,15). La alegría, como la vida, es un don. En la vida matrimonial pueden ser muchas las ocasiones en que el otro no se merezca que le regale nada, sin embargo, el don no se realiza por merecimiento, sino por amor, un amor que produce alegría aún en medio de situaciones difíciles e incomprensibles.

**Ofertorio**

El momento de la presentación de los dones de pan y de vino es el momento en que ponemos en las manos del Señor todo lo que llevamos para liberarnos de ello y que sea transfigurado: «Qué Él nos transforme en una ofrenda permanente» (Plegaria eucarística III). Así como el pan y el vino son materia pequeña y común, pero una vez actuado Dios sobre ellas llegan a ser Cuerpo y Sangre de Cristo (algo, o mejor dicho, alguien sagrado), así también los esposos, frágiles y limitados, dejándose moldear por Cristo pueden llegar a ser la presencia viva de Cristo en la vida cotidiana.

En el ofertorio se presentan los dones de pan y de vino para ser transformados. En la misa, se acercan juntos marido y mujer para ser también transformados. Es cuestión de pedir la acción del Espíritu y dejar que actúe sobre cada uno de los cónyuges. Es cierto también que a menudo se quiere pasar de la ofrenda a la comunión. En la vida de matrimonio aparece también ese deseo de ser aceptado de manera rápida, sin embargo, para que marido y mujer sean «una sola carne», se necesita un tiempo de crecimiento y maduración, para que poco a poco el corazón se vaya abriendo y se vaya disponiendo a recibir al otro. La entrega y el recibimiento necesitan tiempo de maduración.

**Un cambio interno**

El milagro de la Eucaristía consiste en lo que llamamos transubstanciación, que no es otra cosa sino el cambio de la sustancia. Es decir, el cambio que sucede no es en lo exterior, sino en el interior. Cada matrimonio que se acerca a la Eucaristía con el vivo deseo de ser transformados ha de saber que el cambio sucede desde dentro. Dios nos quiere cambiar desde dentro.

**Eucaristía y familia, lugar donde se revela el misterio**

La familia, como la misa, es el lugar para ir conociendo cada vez un poco más el misterio de Cristo Eucaristía. Dejemos este apartado con la sola presentación de la siguiente anécdota:

«Recuerdo cuando íbamos de vacaciones a casa de los abuelos (mis padres). Los cuatro domingos que estábamos allá, íbamos a la misa de la mañana. Recuerdo una familia numerosa, con hijos entre 2 y 15 años de edad. Todos los hijos se portaban muy bien durante la misa: sentados cuando teníamos que estar sentados, callados cuando debíamos estar callados, de pie o de rodillas cuando tocaba… Yo estaba extrañado, maravillado, tratando de averiguar su secreto.

Un día, cuando estábamos situados justo detrás, la madre que tenía a su hijo más pequeño sobre sus rodillas, en el momento de la consagración, nos pusimos todos de rodillas, y como ella no podía hacerlo con su pequeño, nuestra cabeza quedó muy cerca a la suya, lo que me permitió escuchar lo que susurraba al oído de su hijo en el momento de la elevación: “Eso ya no es pan, es Jesús”; y después: “eso ya no es vino, es Jesús”. Desde pequeñitos estos niños estaban metidos en el misterio de la Eucaristía».

**Una gota de agua en el vino**

Cuando el sacerdote prepara los dones de pan y de vino en el altar, vemos que pone una gota de agua mezclada en el vino. Esta gota de agua significa la unión de lo humano con lo divino, y mientras el sacerdote hace la mezcla del agua y el vino, reza en secreto: «El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana».

Cada vez que celebramos la Eucaristía nos unimos con lo divino, pues el Hijo de Dios ha querido tomar nuestra condición humana para para unirla con lo divino, da tal forma, que celebrar la Eucaristía es presenciar esta unión humano-divino en una ofrenda. El agua, elemento simple y común, significa nuestra pequeñez y fragilidad. El vino, en cambio, significa la divinidad.

El agua, además, posee un doble simbolismo: purificación y fecundidad. Hombre y mujer constantemente deben renovar el amor que se tienen, ya sea con palabras, gestos, actitudes, propósitos, limitaciones, etc. En esa gota derramada en el vino está todo nuestro ser, un ser que puede estar lleno de luz, pero también puede estar herido o manchado. Para que la vida matrimonial cumpla su misión de ser sacramento del amor de Cristo por su Iglesia, precisa de purificación. No es momento de juzgarse, sino al contrario, de ofrecer al Señor todo lo que somos. Ciertamente cuando se ofrece algo a Dios se pretende ofrecer lo mejor de cada uno, sin embargo, Dios no espera sólo lo bueno, sino toda nuestra persona, con sus fortalezas y sus debilidades. Dios espera que le entreguemos nuestra fragilidad y pequeñez para que sea Él mismo quien nos engrandezca: «mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra e Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva» (*Lc* 1,47-48); «Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2*Cor* 12,10). Obrando así, lo que es bueno será multiplicado (fecundidad) y lo que es malo será transfigurado (purificación).

**La consagración**

El sacerdote convierte el pan y el vino, por el poder del Espíritu Santo, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Lo que los esposos hacen al recibir el cuerpo del cónyuge es convertir su amor humano en obras de caridad recíproca. Es lo que le llamamos caridad conyugal. En el matrimonio se necesita mucha humildad, pues si se da el uno al otro, ya no se pertenecen más, pues al entregarse el uno al otro, se recibe a Dios en el otro. Todo indica que sólo cuando hay ofrenda entonces hay consagración.

Por otra parte, se necesita fe. Nadie que vaya a misa sin fe podrá ver la presencia de Dios allí en el pan y el vino. Sin fe no hay experiencia real de Dios en medio de nosotros. Pero hay que tener mucho cuidado, pues esto no significa que si no hay fe, no hay Eucaristía ni presencia real. Sino que, sin fe, la persona es incapaz de descubrir y experimentar la presencia real y existente de Jesús Eucaristía. Además, sin fe ninguna persona puede darle el valor, el respeto y veneración debida a la Eucaristía. Ahora bien, si mi matrimonio se celebró dentro de una Eucaristía, ¿qué valor puede tener mi sacramento del matrimonio si como sacramento está referido a la Eucaristía? ¿Podrá acaso alguien ver lo sagrado en su relación matrimonial si no ha experimentado lo sagrado de la Eucaristía? ¿Podrá alguien valorar, respetar y venerar su matrimonio si antes no ha valorado, respetado y venerado la Eucaristía?

En base a esto ahora descubrimos cuán importante es la fe en la Eucaristía. Dios pide fe. Decía San Agustín: «Señor, dame lo que me pides y pídeme lo que quieras». Dios es dador de fe, una fe que es como una semilla que necesita ser cultivada, de tal modo que, cultivar la fe es cultivar la propia vida; dejar crecer la fe es dejar crecer la vida.

**El pan es la propia historia**

Por último, es muy importante descubrir todo lo que encierra el misterio de Cristo hecho pan. Un padre de familia siempre está preocupado y ocupándose por el pan que debe llevar a la mesa de su hogar. Llevar pan es llevar vida, no sólo para él, sino para toda su familia. El pan significa la vida misma. Esta es una de las razones porque a Dios se le ocurrió hacerse pan, porque sabe que el pan que está en la mesa de cada hogar, es el fruto del trabajo y de todo lo sucedido en la jornada. El pan encierra nuestra historia. Para Dios, el trozo de pan en la Eucaristía no es un objeto, no es un símbolo o un signo, *es una historia*.

**Conclusión**

La creación, las cosas, los eventos y las personas es un don de Dios. Todo procede de Dios como un regalo para nosotros. Pero, a la vez, estos dones piden ser un don para los demás, de tal modo que, si mi cónyuge es un regalo de Dios en mi vida, tanto yo y mi cónyuge, debemos ser también para Dios una ofrenda, un don agradable a Él. La manera de llegar a ser ofrenda agradable a Dios es ponerse en sus manos y dejarse transformar por Él, que sea Él quien dirija nuestra vida, nuestro matrimonio, nuestra familia y nuestra historia, porque no hay nada mejor que ser pan y vino que se transforma desde dentro para llegar a ser no algo, sino alguien consagrado a Dios. Tengamos fe en que Dios hace obras grandes en nosotros (cfr. *Lc* 1,49) y digamos con el salmista: «No abandones, Señor, la obra de tus manos» (*Sal* 138,8).

**Compromiso**

* Haz una lista de los dones que Dios te ha dado
* Haz una lista de cuáles de esos dones compartes. ¿Podrías compartir más de tus cosas, y más aún, de tu persona?
* ¿Cómo es el ambiente en torno a la mesa en casa? ¿Se hace oración? ¿Se invita a Dios a la mesa?
* ¿Trabajas con gusto para que en tu casa haya siempre un pan para compartir?
* El momento de compartir los alimentos, ¿es un momento de alegría? ¿En qué se nota?
* ¿Cuáles son tus mayores alegrías? ¿Son las mismas de tu cónyuge?
* ¿Tienes algún temor a ser transformado por Cristo?

**Oración final**

Señor, Nuestro Dios

Te bendecimos por tomar en tus manos nuestro amor.

Ayúdanos a cumplir nuestra misión.

Ven a compartir nuestra vida.

Ayúdanos a formar a nuestros hijos,

a ser testigos de tu amor en nuestra familia y en la comunidad.

Danos fuerza en los desalientos.

Comparte nuestras alegrías.

Señor, bendice nuestro amor.

Amén.

**Quinto encuentro**

**Eucaristía y matrimonio: Comunión que envía a la misión**

«Jesús los envió de dos en dos»

**Objetivo:** Promover la paz entre los matrimonios, para que, por medio de la participación frecuente de la Eucaristía y la oración, descubran y cumplan la misión que Dios les ha encomendado.

**Oración inicial**

Señor, gracias por la familia que me diste,

por el amor que nos une.

Hoy te pido que seas bendiciendo a cada uno,

que abras caminos de paz,

que nos des salida a los problemas que se presentan

confiando en tu poder para juntos vencer.

Señor, ayúdanos a estar unidos

que crezcamos en amor y comprensión

unos con otros, en consideración y aprecio,

en cuidado y respeto.

Quita de nosotros toda raíz de amargura,

que el perdón llene nuestro corazón,

bendícenos con tu paz y tu bondad.

Señor, hay momentos tan difíciles

que no sabemos cómo afrontarlos,

son situaciones que se escapan

de lo que podemos hacer humanamente,

ten piedad de nosotros y obra en nuestro favor,

cuida de los indefensos y protégelos,

que sean guardados de todo mal

te lo pedimos con todas las fuerzas

en el nombre de Jesús, amén.

**Ubicación.**

Acción de gracias, perdón, diálogo, ofrenda y consagración, son etapas que conducen a la comunión. La comunión es la meta última de los matrimonios, la cual, en una paz constructiva, se realiza en una sana relación con Dios y con los demás. De este modo, podemos decir que alcanzar la comunión es alcanzar la plenitud del ser humano, pues la comunión expande el horizonte de la vida de cada uno de los cónyuges hasta llegar a la comunión con Dios. De hecho, al estar en comunión con los hombres, se está en comunión con Dios.

Cada matrimonio que participa de la Eucaristía y dedica un tiempo para orar juntos después de comulgar, fortalecerá la alianza santa del matrimonio, encontrará siempre nuevas luces en su vida matrimonial y familiar, conocerá y experimentará el amor de Dios y descubrirá también la misión que Dios les ha encomendado como matrimonio. Tal misión de los matrimonios depende en gran parte del modo de participar en la Eucaristía. Así que, si se pretende cumplir con amor y fidelidad la misión de Dios, tanto papá como mamá, deben vivir y participar activa y devotamente en la Eucaristía.

**Palabra de Dios**

«*Llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus. Les ordenó que no tomaran nada para el camino, excepto un bastón. Ni pan ni morral, ni dinero consigo. Que llevaran sandalias, pero no dos túnicas. Les dijo además: “Cuando entren en una casa, quédense en ella hasta que se vayan de aquel lugar. Si en algún sitio no los reciben ni los escuchan, váyanse de allí y sacudan el polvo de la planta de sus pies, como testimonio contra ellos”. Ellos salieron a predicar y exhortaban a la conversión*» (*Mc* 6,7-12).

Se invita a los matrimonios a realizar una breve *lectio divina* con las siguientes preguntas:

1. ¿Qué dice el texto? (Se trata de reconstruir el relato con las propias palabras)
2. ¿Qué me dice el texto? (Se trata de descubrir el mensaje que Dios me dirige a mí personalmente)
3. ¿Qué le digo yo al texto? (Se trata de responder a lo que Dios ya me ha dicho personalmente)
4. ¿Qué agradezco a Dios en esta *lectio divina*? (Se trata de hacer una oración breve de acción de gracias o alabanza)

**Algunas claves para la *lectio divina*:**

* «*Llamó a los Doce*». Dios llama todo el tiempo y espera una respuesta de nuestra parte, tanto en modo personal como juntos en matrimonio.
* «*Y comenzó a enviarlos de dos en dos*». Una clara referencia a la misión del matrimonio. La misión de revelar, custodiar y comunicar el amor en familia (cfr. FC 17) necesita de papá y mamá.
* «*Les ordenó que no tomaran nada para el camino, excepto un bastón*». El bastón significa el poder de Dios, su presencia y su fuerza. Yahvé le dijo a Moisés: «*Lleva este bastón en la mano, porque con él realizarás prodigios*» (*Ex* 4,17).
* «*Que llevaran sandalias, pero no dos túnicas*». Las sandalias significan el caminar (inseguridad), mientras que *dos túnicas* representan la comodidad, la seguridad.
* «*Ellos salieron a predicar y exhortaban a la conversión*». Alguien ha respondido ya al envío de Jesús. Dios sigue a la espera de apóstoles salgan a predicar y a exhortar (de dos en dos).

**No hay comunión sin paz**

En cada misa se realiza en signo de la paz. La paz se ofrece no por el hecho de estar enemistados o en pugna con los demás, sino por el simple hecho de que el ofrecimiento de paz es el presupuesto para acceder a la comunión y alcanzar la armonía. La paz es algo que se construye y que fortalece las relaciones. En el matrimonio constantemente se debe ofrecer la paz, la cual consiste no en la ausencia de ofensas, sino en la construcción de una vida armoniosa que permita a los cónyuges relacionarse en libertad y amor.

La paz es el primer regalo de Jesús resucitado (cfr. *Lc* 24,36), es el signo de una vida en Dios, es una esfera que debe envolver siempre todas las relaciones del matrimonio y la familia. Quien construye la paz con los demás siempre será cuidadoso de no lastimar ni ofender, sino por el contrario, buscará en todo momento crecer en fraternidad, hacer presente el rostro del Dios misericordioso y procurará que, en cada acto, el otro permanezca en la paz de Dios, a la vez que él mismo permanece en la paz de Dios: «*Dichosos los que construyen la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios*» (*Mt* 5,9).

**En camino a la comunión**

En el momento de la comunión sucede un doble movimiento: el sacerdote se acerca al pueblo y el pueblo peregrina para encontrarse con Dios y comulgar el Pan. Dios se desplaza para ser asequible y el hombre se levanta y camina hacia el encuentro con Dios. Estos dos movimientos (Dios en manos del sacerdote y el pueblo que peregrina) son lo que hacen posible el encuentro y la comunión. No obstante, es necesario recalcar la permanente presencia de Dios para que el hombre lo pueda encontrar. Dios siempre propone el encuentro (*Lc* 19,5), siempre está a la puerta llamando (cfr. *Ap* 3,20), buscando (*Mt* 18,12), haciéndose encontradizo (*Ex* 3,2-3) y siempre está esperando para abrazarnos (*Lc* 15,20). Corresponde al ser humano responder al amor de Dios, abrir la puerta del corazón, ponerse en presencia de Dios para ser encontrado y tocado por Él, ir a la casa del Padre donde sabemos que Él siempre nos espera para darnos su amor. Se necesitan las dos partes para hacer posible la comunión: «El que te creó a ti sin ti, no te salvará a ti sin ti» (San Agustín).

En el matrimonio sucede igual, con la diferencia de que marido y mujer están llamados, por igual, a tomar la iniciativa, a amar primero (*primerear*, dice el Papa francisco –EG 24–), a proponer el encuentro, a saber esperar, a abrazar con misericordia, a perdonar y pedir perdón, a construir la paz. Todo esto siempre es posible porque primero el hombre y la mujer han sido objetos de misericordia, primero han sido amados, primero han sido esperados, buscados, abrazados: «*Decidle a mis hermanos que les precedo en Galilea; allí me verán*» (*Mt* 28,10). Estas son palabras de Jesús después de su resurrección. Si podemos dar el primer paso es porque Cristo nos precede. Será muy bueno acostumbrarse a no ir sólo hacia el otro, sino ir hacia Cristo en el otro. Entonces desaparecerá toda duda para dar el primer paso.

Desafortunadamente alguien ha vendido la idea de que «ser el primero» es signo de debilidad, cuando en realidad, quien ama primero muestra un amor más grande. No es signo de debilidad decir «te necesito», sino, al contrario, decirle al otro «te necesito» es un fuerte signo de amor y humildad. Sólo cuando se hace presente el «yo seré el primero en hacerlo» se hace posible la comunión de personas.

**La comunión es ser más**

La comunión de personas es algo que enriquece a la persona. La realidad es muy distinta entre una persona soltera y una persona casada. Veamos el testimonio de una mujer casada: «Cuando yo estaba soltera creía que era mejor que estar casada. Pero desde que me casé no he dejado de experimentar que mi vida tomó mayor amplitud y una proyección de futuro más larga. Ahora, cada alegría, cada proyecto, cada esperanza, cada tristeza, cada momento que yo vivo es más grande porque tengo con quién compartirlo. Mi esposo es una extensión de mi persona, es mi amplitud y mi proyección, es la persona que me hace ser más».

En el libro del Génesis leemos: «*Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne*» (*Gn* 2,24). Esto presenta, en un primer momento, la renuncia: «*Deja el hombre a su padre y a su madre*». Algunos verán aquí que casarse es más una renuncia que una ganancia. De hecho, en nuestra cultura, es muy común que cuando un novio expresa su deseo de casarse, los demás varones le expresan decenas de frases fatalistas. Se desconoce la grandeza y el potencial de compartir la existencia con alguien. Se desconoce, además, que una vida grande es aquella que no solamente «*vive con*», sino que «*es para*» el otro. Existe una idea escondida de que «casarse es perder», desconociendo que casarse es ganar, es ampliar el futuro, es crear nuevos horizontes, es proyectarse junto con alguien, es construir, es ser fecundo. Cuando en el matrimonio se renuncia al algo o a alguien no es para ser menos, sino para ser más. Cada día se tiene que dejar todo para ir el uno hacia el otro y, a través del otro, llegar a Dios.

**Ser una sola carne**

A la unión de la carne le corresponde la unión del espíritu. El texto de Tertuliano dirigido a su mujer es bien conocido y ha sido citado luego en *Familiaris Consortio* 13:

«¡De qué cualidad es el yugo de dos fieles con una sola esperanza, un solo deseo, una sola disciplina, el mismo servicio! Los dos son hermanos; los dos, consiervos; no hay ninguna distinción de espíritu o carne, antes bien son verdaderamente dos en una sola carne (cfr. *Gn* 2,24). Donde la carne es una, uno es también el espíritu: oran a un tiempo, quieren a un tiempo, al mismo tiempo ayunan, se enseñan mutuamente, mutuamente se exhortan, mutuamente se sostienen. Los dos van juntos a la Iglesia de Dios, juntos al convite de Dios, juntos en las estrecheces, en las persecuciones, en los alivios»[[10]](#footnote-10).

Todo esto indica que la unión conyugal, antes de ser «biológica» es de orden espiritual: la unión sexual (consumación del sacramento del matrimonio) es signo de la unión en la carne que Cristo efectuó con su Iglesia. Un hombre y una mujer son sacramento de la unión de Cristo y de la Iglesia, no sólo cuando se aman como Cristo ha amado a la Iglesia, sino cuando se unen como Cristo se une a la Iglesia, entregándose en el cuerpo para llegar a formar una sola carne. Es en la intimidad de los cuerpos donde sucede también la intimidad de Dios.

**Un momento privilegiado**

Comulgar el Cuerpo de Cristo no termina en la recepción de la hostia en la boca. Comulgar tiene su expresión en la misión. Y sólo podré vivir la misión si he interiorizado la comunión. Aquí aparece la importancia de mantenerse en silencio, en meditación, oración y con mucha devoción para poder interiorizar lo que está sucediendo en mi cuerpo y en mi espíritu, pues el momento después de comulgar es un momento privilegiado. ¿Por qué privilegiado? Porque es el momento en que mi cónyuge está en máxima intimidad con Dios. Este momento es privilegiado para unir las vidas, para limar asperezas, para renovar los propósitos, para comprenderse mutuamente, para sacar lo mejor de uno mismo, para agradecer por los dones recibidos, para transformarse en ofrenda permanente en favor de mi matrimonio. Comulgar juntos es una oportunidad para fortalecerse y crecer en el amor conyugal.

Es muy recomendable que después de comulgar se tenga un gesto de unión en Cristo, que se acaba de recibir. Por ejemplo: una mirada de amor, de comprensión, de fraternidad, tomar la mano del cónyuge para orar juntos, permanecer en silencio juntos, ponerse juntos de rodillas, expresar lo que se hará oración en el interior, etc. Cuando así sucede, Dios no dejará sin escuchar la oración de los cónyuges.

Tristemente, hay quienes comulgan y desaprovechan el momento privilegiado para la oración, se distraen en sus preocupaciones y hacen el momento de la comunión algo pasajero y sin sabor, perdiendo así una especial oportunidad para unirse en el espíritu. Esta actitud habla de una misma realidad respecto al matrimonio. El acto sexual (unión de los cuerpos) es un momento fuerte en su relación, es un momento de diálogo, de caricia, de reposo, de confianza, de gozo y contemplación, sin embargo, cuando se realiza «a prisa» deja un sabor amargo, como si lo que se acaba de realizar no fuera tan importante ni tan sagrado. Deja la impresión de no haber puesto atención en lo esencial y dejar pasar ese momento tan valioso como si hubiese sido algo insulso (y que por ende, deja la vida vacía). Quien vive el acto sexual a prisa, vive el momento de la comunión eucarística en distracción, y viceversa.

**Matrimonios *teoforos***

«*Teoforo*» es una palabra griega que significa «portadores de Dios». Si he recibido a Cristo, no es sólo para mi santificación personal, sino para llevarlo a los demás, debo ser portador de Cristo para los demás. ¿No exige lo mismo para cuando uno de los cónyuges ha comulgado y el otro no? He aquí la importancia y trascendencia para cuando uno de los cónyuges ha comulgado: debe llevar a Cristo al otro. Existen matrimonios donde uno de los dos no ha querido ir a confesarse y, por consiguiente, no ha comulgado. En una situación de estas aparece una exigencia para ambos. Para quien ha comulgado: llevar a Cristo al otro; para quien no ha comulgado: crecer en la fe y en el espíritu para poder enseguida, juntos, ser trasmisores de la fe a los hijos. ¿O no es acaso transmitir la fe una de las tareas primordiales de los padres para con los hijos? Muchas cosas pueden heredar los padres a los hijos, sin embargo, ninguna tan importante como trasmitirles a Cristo. Y para ello, es preciso que ambos comulguen y vivan unidos en el Espíritu.

**«Pueden ir en paz»**

Las palabras de despedida de la misa (misión) indican la paz que otorga haber participado y haber sido fortalecidos por la Eucaristía. «Ir en paz» significa ir a casa con el vivo deseo de cumplir la misión que Dios ha encomendado a la familia: «La familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor» (FC 17). O como lo han expresado los obispos de Latinoamérica en Medellín: «Es necesario tener en cuenta la Doctrina de la Iglesia para fijar una acción pastoral que lleve a la familia latinoamericana a conservar o adquirir los valores fundamentales que la capacitan para cumplir su misión. Entre estos, queremos señalar tres especialmente: la familia formadora de personas, educadora en la fe, promotora del desarrollo» (DM 4 Parte III).

Además, la misión a la que los matrimonios están llamados parte de una sobreabundancia del amor. Los esposos cumplen su misión a partir de una sobreabundancia que les ha envuelto, de tal modo que los hijos recibirán el mismo amor que previamente los padres han recibido en la participación eucarística. Así pues, la misión de los matrimonios depende en gran parte del modo de participar en la Eucaristía, donde primero ellos (papá y mamá) son alimentados y luego les es encomendada su misión. Vemos, entonces, que Dios no pide nada que antes no haya dado. Así lo reconocía San Agustín: «Señor, dame lo que me pides y pídeme lo que quieras».

**Conclusión**

La comunión es la meta última de los matrimonios, la cual, se alcanza a través de una paz que construye la vida feliz. El hombre y la mujer están llamados a vivir en comunión, pero no será posible, de manera especial en el matrimonio, si ninguno de los dos se atreve a dar «el primer paso». Dios nos ha mostrado que el amor se manifiesta en «*primerear*», en tomar la iniciativa para construir la comunión de personas y disfrutar de la belleza del matrimonio y la familia. Por tal motivo, para descubrir la belleza del matrimonio y la familia, es muy importante hacer oración, no desaprovechar ese momento privilegiado después de comulgar, y qué mejor si comulgan juntos, si juntos ponen su fe en Dios, si juntos renuevan sus propósitos, si juntos piden perdón, si juntos cumplen su misión, si juntos revelan, custodian y comunican el amor (cfr. FC 17).

**Compromiso**

* ¿Qué entendemos mi cónyuge y yo por «vivir en paz»?
* ¿En qué momentos de un día ordinario descubro a Dios que sale a mi encuentro?
* ¿Qué es, a los ojos de Dios, estar casado? ¿Qué beneficios tienen las personas casadas a una persona soltera? ¿Vivo como una persona casada?
* ¿Cómo ama Cristo a su Iglesia? ¿Soy imitador del amor de Cristo por su Iglesia?
* ¿Vamos a confesarnos juntos para comulgar juntos mi cónyuge y yo?
* ¿Cómo es mi participación en la Eucaristía? ¿En qué debo mejorar?
* ¿Oramos juntos después de la comunión? ¿Cómo es nuestra oración después de la comunión? ¿Qué gestos realizo para que mi cónyuge experimente que estamos orando juntos?
* ¿Me experimento enviado por Dios a una misión individual o a una misión que se cumple «de dos en dos»? ¿Cumplo mi parte en la misión que Dios ha encomendado a todos los matrimonios?

**Oración final**

Padre Celestial, nos has dado un modelo de vida
en la Sagrada Familia de Nazaret
Ayúdanos, Padre amado,
a hacer de nuestra familia otro Nazaret,
donde reine amor, la paz y la alegría.
Que sea profundamente contemplativa,
intensamente eucarística y vibrante con alegría.

Ayúdanos a permanecer unidos
por la oración en familia
en los momentos de gozo y de dolor.

Enséñanos a ver a Jesucristo
en los miembros de nuestra familia
especialmente en los momentos de angustia.
Haz que el corazón de Jesús Eucaristía
haga nuestros corazones
mansos y humildes como el suyo
y ayúdanos a sobrellevar las obligaciones
familiares de una manera santa.

Haz que nos amemos más y más
unos a otros cada día
como Dios nos ama a cada uno de nosotros
y a perdonarnos mutuamente nuestras faltas,
como Tú perdonas nuestros pecados.

Ayúdanos, oh Padre amado,
a recibir todo lo que nos das
y a dar todo lo que quieres recibir
con una gran sonrisa.

Inmaculado Corazón de María,
causa de nuestra alegría, ruega por nosotros.
Santos Ángeles de la Guarda
permaneced a nuestro lado, guiadnos y protegednos.
Amén.

1. El adjetivo *espiritual* traduce el griego *logikós*: “razonable”, “lógico”, “pertinente”. Pablo quiere decir a la vez que la ofrenda de sí mismo es verdadera y que responde adecuadamente al don mismo de Dios descrito en los capítulos 1-11 (*La salvación por la fe*). En nota al pie de *Rm* 12,1 *Biblia de Jerusalén*, Descleé De Brouwer, España 1998. [↑](#footnote-ref-1)
2. X. Lacroix, *El matrimonio*, Mensajero, Bilbao 1996, 89. [↑](#footnote-ref-2)
3. Citado en E. Lemaȋtre – D. Lemaȋtre, *El matrimonio, camino eucarístico*, EDIBESA, Madrid 2014, 16. [↑](#footnote-ref-3)
4. Benedicto XVI, *Homilía en la XX Jornada Mundial de la Juventud*, Colonia (21.08.2005). [↑](#footnote-ref-4)
5. S. Kampowski, *Contingenza creaturale e gratitudine*, Cantagalli, Siena 2012, 40 (traducción propia). [↑](#footnote-ref-5)
6. Kampowski, *Contingenza creaturale e gratitudine*, 41 (traducción propia). [↑](#footnote-ref-6)
7. Citado en Lemaȋtre – Lemaȋtre, *El matrimonio, camino eucarístico*, cit., 43. [↑](#footnote-ref-7)
8. Cfr. Juan Pablo II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino*, Cristiandad, Madrid 2010, cat. 33,2, 216. [↑](#footnote-ref-8)
9. Cfr. Juan Pablo II, *Hombre y mujer lo creó*, cit., cat. 13, 115. [↑](#footnote-ref-9)
10. Cfr. Tertuliano, *Ad uxorem* II,8,7-8 (CCL I,393). [↑](#footnote-ref-10)